

¿Lión ve resplandecer los rosados Alpes en lejano horizonte?

4 de Septiembre de 1841.

XXXI.

VIRO MAJOR

Habiendo visto la inmensa carnicería, el combate, el pueblo bajo su cruz, París en su ruina, la compasión formidable brillaba en tus palabras; llevabas á cabo lo que hacen las grandes almas locas; y cansada de luchar, de soñar, de sufrir, decías:—¡He matado!, porque ansiabas morir.

Mentías contra tí, terrible y sobrehumana. Judith, la sombría judía, y Aria, la romana, hubiesen aplaudido cuando hablabas. Decías á los graneros:—¡He quemado palacios! Glorificabas á aquellos á quienes se humilla y se aplasta. Gritabas:—¡He matado! ¡Que me maten! Y la multitud oía acusarse á aquella mujer altanera. Parecía que enviabas un beso al sepulcro; tu fija mirada pesaba sobre los lívidos jueces, y pensabas, semejante á las graves euménides. La pálida muerte se encontraba en pie detrás de tí. Todo el vasto salón estaba lleno de espanto, porque el pueblo que se desangra odia la guerra civil

Fuera sonaba el rumor de la ciudad. Aquella mujer oía las manifestaciones de la vida de confusos rui-

do; oíalas desde arriba, en la actitud austera del que rechaza. No parecía ver sino una pira elevada para una a oteosis; y encontrando la afrenta noble y bello el suplicio, precipitaba, siniestra, el paso hacia la tumba. Murmuraban los jueces:—¡Muera, pues! ¡Será una muerte justa, porque es una infame!—A menos que no sea augu ta,—replicábales su conciencia. Y los jueces, pensativos ante el sí, ante el no, como ante dos arrecifes, vacilaban, fija la vista en la severa culpable.

Y los que, como yo, saben que eres incapaz de cuanto no merezca los nombres de heroísmo ó de virtud; los que saben que, si Dios te preguntara:—¿De dónde vienes?, le contestarías:—Vengo de la noche en que se sufre; Dios, salgo del deber al que dais el aspecto de abismo; los que conocen tus versículos dulces y misteriosos, tus días, tus noches, tus cuidados, el llanto que por todos derramaste, tu olvido de tí misma en el momento de auxiliar á los demás, tu lengua, semejante á la lengua de fuego de los apóstoles; los que conocen el hogar sin fuego, sin aire, sin pan, el catre, tu bondad, tu fiereza de mujer popular, la ruda ternura que duerme bajo tu cólera, tu mirada de odio para los inhumanos, y que tus manos calentaron los piés de los niños; esos, ante tu feroz majestad, meditaban, y no obstante el pliegue amargo de tu boca, á pesar del maldecidor que, encarnizándose contra tí, te dirigía todos los gritos indignos de la ley, no obstante la voz fatal y altanera que te acusaba, veían resplandecer el ángel á través de la medusa.

Fuiste grande, y extraña pareciste en aquellos debates; porque, débiles como son los que habitan en el mundo, nada les turba tanto como el ver dos almas confundidas en una, como el divino caos de las cosas

estrelladas visto en el fondo de un gran corazón inclemente, y como un brillo visto en la llama.

Diciembre, 1871.

XXXII

A JORGE

Serás un hombre ¡oh Jorge! Sabrás á quien debes tu corazón, tu brazo, lo que tu voz ha de decir al pueblo, al hombre, al mundo; y yo te escucharé desde mi tumba profunda.

Piensa que estoy allí, piensa que te oigo; pregúntate si los muertos nos hallamos de tí satisfechos. ¡Tranquilo estoy, Jorge mío, porque sé que harás todo eso!

Lo que por el gran pueblo hiciera la gran ciudad, lo que, después de Cécrope y de Rhea, Paris buscó, encontró, llevó, fundó y creó, aquellos pasos del Nilo, del Rhin y del Adigio, la Revolución francesa, aquel portento, la caída del pasado, del que sale el hombre libre, la claridad del genio y la negrura de la suerte, Francia subyugando y libertando á la tierra, todo eso llenará tu alma del misterio que se apodera del hombre cuando, en el lejano horizonte, presiente el mar inmenso ó el enorme destino.

De este modo se forman los que hablan á las mul-

titudes, aquellos á quienes atraen los huracanes, las rocas y las olas, y que son soñadores en ese medio en el que el trabajo de los hombres responde al trabajo de Dios.

Entonces pensarás en nuestros valientes antecesores, cuando quitaban el cetro á los reyes, cuando despojaban de sus dioses á sus sacerdotes, ¡en el espantoso grupo de tiranos, pontífices y granujas! ¡Conmovido por ello, pensarás; pensativo, crecerás! ¿Es esto un sueño? ¡Oh, me parece que te oigo! Al alma humana, á las naciones que un viento de lo alto conmueve y pone en movimiento, á los pueblos arrastrados paso á paso hacia el fin propuesto, tú explicarás los esfuerzos llevados á cabo, las hermosas muertes, los combates, los trabajos, las innumerables alternativas, el alba desmesurada invadiendo la gran sombra. Para mantener los corazones á tan poderoso nivel, harás que de los antiguos brote el moderno espíritu; hablarás de los heroicos luchadores de nuestros tiempos, de los vencedores puros, de los fieros soldados, de las frentes estoicas; y harás pensar, pintándolos magistralmente, al joven en su padre y al débil anciano en el mío.

Noviembre, 1879.